

LA LIBERTAD EN EL PENSAMIENTO *

“Es grave error, en el que incurren no pocos, dedicar mucho tiempo a la lectura de escritos erróneos, por el afán quizá de estar al día. Utilizan un tiempo precioso para una tarea que no aquietta, que no satisface a la sana inteligencia, que no aproxima a la verdad. Si la vida en la tierra fuera ilimitada tal vez sería hacedero conocer todos los errores que a lo largo de la historia han sido. Pero, dada la limitación del tiempo, parece más sensato dedicar el mejor al estudio de lo que con suficiente seguridad se sabe que conduce a la Verdad (...). La inmensa mayoría de los que aman la verdad, se sentirán afortunados de que les resulte suficiente saber que hay ciertos errores dominantes en su época, para estudiarlos con los juicios críticos correspondientes de autores competentes en las respectivas materias. Tales juicios, siempre que sean fiables, serán acogidos por los que aman la verdad como la liberación de una carga, pues con ello podrán dedicar el tiempo a tareas más provechosas”. (p. 153). El libro que reseñamos es realmente uno de esos que satisface a la inteligencia, porque aproxima a la verdad.

Las abundantes y bien escogidas citas de Santo Tomás llevan, con mano segura, a interesarnos por la verdad. El autor enseña que no se puede mutilar al hombre como hacen ciertos sociólogos, psicólogos, antropólogos, ignorantes del alcance limitado de sus respectivas ciencias. El hombre es un ente complejo, pero *uno*, animado por un espíritu racional que es lo más alto y vigoroso que hay en él. Y ese espíritu —inteligente— se halla ordenado fuertemente a la verdad; su fin es la verdad, y ella ocupa —con el bien— el primer lugar en la jerarquía de los grandes deseos humanos. El libro comienza precisamente con una divertida cuestión que le propusieron a Santo Tomás unos jóvenes alumnos, sobre si la verdad es más poderosa que el vino, el rey o la mujer; y la resuelve en el artículo 1º de la Cuestión XIV de sus *Quodlibetales*.

Verdad y libertad son realidades distintas, pero íntimamente relacionadas. ¿Puede haber señorío sobre uno mismo y sobre las cosas cuando no se sabe qué son las cosas y qué es uno mismo? Si la libertad interesa es porque hay algo más allá de ella misma que la supera y marca su sentido. Y esto no es otra cosa que el bien.

El autor muestra, con gracia y buen humor, pero no sin profundidad, que el encuentro con la verdad, pese al humo que sobre ella han echado, es hacedero; para luego despejar algunos errores sobre la naturaleza de la verdad, y llegar, finalmente, a descubrir a la libre voluntad ejerciendo un papel sustantivo en las diversas opciones intelectuales, lo cual nos ilustrará sobre las raíces éticas del conocer y las condiciones requeridas para el recto saber.

Afirmación de la verdad

Es el tema de la primera parte. Partiendo de la experiencia del error manifestado en las posiciones escépticas —que acusan un lamentable gesto de pereza mental—, explica qué es la verdad: la adecuación entre lo entendido y la cosa. El término “verdad” es analógico —se dice de las cosas y del entendimiento—,

* Sobre el libro de OROZCO DELCLOS, ANTONIO, *La libertad en el pensamiento*, Rialp, Madrid 1977, 165 pp.

aunque significa siempre una relación de adecuación o conformidad entre el entendimiento y la cosa.

Luego de aclarar qué es la verdad, el autor se ocupa de exponer el error inmanentista, como principal obstáculo actual al conocimiento verdadero. En los tiempos modernos tiene su origen en Descartes, que resucitó las absurdas hipótesis del viejo escepticismo al plantearse la teoría del “sueño coherente”: ‘veo con claridad que no hay indicios ciertos por los que yo pueda distinguir la vigilia del sueño’.

“Descartes *quiere* dudar de toda experiencia, por inmediata que resulte, porque está seguro de que la razón —su razón— es capaz de demostrarlo todo. Despreciando los sentidos y exaltando desmesuradamente la razón, exige que todo juicio sea fruto de una demostración racional. Esto es típico del racionalismo: despreciar toda noticia que no tenga su origen en la razón, incluso la misma existencia de un mundo extrasubjetivo” (p. 42).

“Los filósofos postcartesianos que aceptaron la actitud racionalista, cayeron en la cuenta de la inconsistencia de la demostración de Descartes acerca de la existencia del mundo. Y, al no resultar demostrable, decidieron... ¡su inexistencia! (...) La trascendencia del mundo es sólo aparente, una mera ilusión ‘poco científica’. El ser de las cosas consistiría en ser pensadas y basta. Así se entiende que Hegel diga que ‘ser es pensar’ o ‘ser es ser pensado’ y ‘pensar es ser’. Berkeley: ‘ser es lo mismo que ser percibido’; y para Marx, ser, en último análisis, es sentir o ser sentido.

El inmanentismo, en la práctica, se ramifica en dos grandes líneas. La que considera que las cosas son en cuanto son pensadas por los sujetos particulares: es el endiosamiento del yo que todo lo engloba; y la otra línea que sostiene que las cosas no son más que pensamientos de un gran sujeto impersonal, que sería lo englobante panteísticamente, el Absoluto de Hegel, respecto al cual cada cosa y cada sujeto no serían más que momentos de su evolución, modificaciones del ‘Todo’, que Marx llamará Materia; con ello, la personalidad queda anulada, y se abre paso a los totalitarismos nazis o comunistas” (p. 46). Es preciso notar que gran parte de la filosofía moderna y contemporánea se inspira y arranca de los principios señalados. El marxismo, por ejemplo, es una de sus versiones materialistas.

“La filosofía inmanentista es tremendamente difícil; cuando uno se adentra en ella ha de someterse a un proceso de adaptación de la retina mental, pues es como entrar en un cuarto oscuro, en el que con el tiempo se puede llegar a ver algo en confuso porque todas las cosas que en él se encuentran son en sí confusas; hay que dejar a un lado el sentido común y conseguir uno nuevo para lograr entender algo. De ahí que el neomarxismo o eurocomunismo, al tratar de imponerse por la vía intelectual, pretendan y se esfuercen en crear una nueva cultura y un modo de pensar de espaldas al sentido común, para el que dos más dos no siempre sean cuatro, sino tres y medio o cinco, según los casos, y que incluso puedan ser tres y medio o cinco simultáneamente” (p. 49).

En una de sus muestras de buen humor con que el autor salpica toda su obra nos cuenta la anécdota de un universitario que decía manifestarle su inquietud “filosófica”, comentando que algunas veces dudaba de si él realmente existía. Es obvio, dice, que esto, si se hace seriamente, no es un signo de especial aptitud para los estudios filosóficos, sino síntoma inequívoco de que uno se encuentra mal; y si se coge a tiempo, es posible que con un tratamiento médico adecuado, la cuestión quede cerrada definitivamente.

Pero sin que le haga falta recurrir a la suave ironía, el autor acaba esta primera parte con una esclarecedora crítica del principio de inmanencia, “un más allá del pensamiento —aseguran— ni siquiera puede pensarse” en la que nos manifiesta la trivialidad de esta afirmación banal, de la que el inmanentismo saca una conclusión fecunda en consecuencias; entre ellas, materializar el maravilloso fenómeno del conocimiento, cuando éste consiste precisamente en un proceso de desmaterialización de lo material para extraer lo que de sensible e inteligible hay en las cosas. Y a continuación recuerda la teoría sobre el conocimiento de la filosofía perenne, que arranca de Aristóteles y va siendo depurada y enriquecida al pasar por la mente preclara de Santo Tomás de Aquino, quien analiza con rigor el fenómeno cognoscitivo.

Buena parte de la filosofía moderna, basada en el principio de la inmanencia, ha exacerbado la proclividad del hombre a hacer de su subjetividad la medida de todas las cosas, la fuente decisoria de la verdad. Así se esfuma la verdad y, con ella, toda norma de comportamiento. Porque si no se sabe si hay verdad o dónde está la verdad, tampoco se sabe dónde está lo bueno y lo malo.

“No es de extrañar que en el marxismo, heredero del más puro inmanentismo —aunque esto pase oculto a la mayoría de sus simpatizantes—, no exista ninguna norma inmutable (...). Todo cabe simultáneamente, porque no hay para el marxismo ni verdad ni mentira, ni bien ni mal; hay tan solo un objetivo: un paraíso imaginario y futuro, en el que todos serían iguales, porque, en rigor todo se confunde con todo —no hay personas, sino individuos— en esa Humanidad impersonal en que nos diluiríamos. Lejos de lo que algunos piensan, los grandes y diversos sistemas inmanentistas —racionalismo, idealismo, existencialismo, materialismo dialéctico— están llenos de contradicciones internas, porque han admitido en su seno —como algo racional— la misma contradicción, el absurdo. La razón humana no puede encontrar satisfacción en ellos. En el fondo, se trata de opciones sentimentales, voluntaristas, que tienen su raíz no tanto en un “yo lo veo así”, cuanto en un “yo lo siento así; o en un “yo lo quiero así”. Son opciones, que proceden de una deformación ética, de una elección incondicionada del propio yo, por encima de los condicionamientos que la realidad no deja de imponer con evidencia. En rigor, son posturas tímidas, medrosas ante la realidad. Y toda timidez encierra un orgullo, la soberbia afirmación de sí como centro del universo, como presunta libertad sin límites. De este modo, tanto las personas singulares como las sociedades imbuidas de este espíritu acaban siempre en graves desórdenes” (p. 65).

El valor absoluto de la verdad

Este es el tema de la segunda parte. Para hacer ver la importancia de esta realidad, el autor expone primero el error subjetivista, remontándose hasta Protagoras —el hombre como medida de todas las cosas— que con una raíz escéptica llega a erigirse en fundador de la verdad; para llegar así hasta nuestros días en que algunos, apoyándose en teorías lingüísticas recientes, afirman que ninguna proposición es capaz de expresar una verdad inmutable.

El subjetivismo, señala Orozco, es incompatible con la ciencia y con el orden social. Por una parte, todas las ciencias buscan conocimientos válidos universalmente, principios reconocibles por todos y no sólo por uno mismo. Por otra, para que las leyes que rigen el orden social sean justas, han de ser leyes verdaderas, “y ni siquiera la mayoría de votos resuelve el pro-

blema de la verdad o bondad de las leyes, si no hay un criterio objetivo. ¿Puede pensarse seriamente que lo verdadero y lo bueno es el resultado de la suma de las opiniones de unos individuos ineptos para conocer por su cuenta lo que es verdadero y lo que es bueno? (...) ¿En nombre de quién una mayoría puede imponerse a una minoría? Sólo en nombre de la naturaleza de las cosas, es decir, de la verdad que trasciende las impresiones subjetivas, que está por encima de la voluntad de los hombres; en último análisis, en nombre de Dios, creador de la naturaleza y de sus leyes.

Pero estas y otras cosas escapan al subjetivismo de cualquier signo, a toda filosofía basada en el principio de inmanencia que, por lo mismo, se muestra incapaz de fundar un orden social en el que imperen la justicia, la verdad, la libertad, el bien. El inmanentismo sólo puede fundar tiranías: de uno, de unos pocos o de muchos" (p. 80).

La verdad está en las cosas, y en el entendimiento siempre que se adecue a la verdad de las cosas. Y las cosas —también el hombre— son *lo que son*, con independencia de apetitos o deseos humanos. Afortunadamente, cuando se ama la verdad no es difícil hallarla, al menos en sus aspectos más fundamentales.

Las consecuencias del subjetivismo, la famosa tesis de la evolución de la verdad y el relativismo consiguiente, el historicismo, y el perspectivismo, son estudiados y criticados con claridad en las páginas siguientes. En la medida en que las cosas son, y conocidas tal como son, podemos formar sobre ellas juicios verdaderos, universales y necesarios, valederos para cualquier entendimiento de cualquier tiempo y lugar. Todos los hombres poseen la aptitud de conocer las cosas como son; y todos, en el ejercicio de su capacidad intelectual, alcanzaron —aunque sea con mezcla de errores— la verdad de las cosas. No podemos confundir el progreso en el conocimiento de la realidad con la evolución de la verdad misma. El progreso no anula, ilumina las verdades anteriormente conocidas; la pretendida evolución las destruiría.

Raíces éticas de las opciones intelectuales

Después de haber analizado las actitudes filosóficas más radicales en la negación de la verdad, que llegan hasta oponerse a evidencias inmediatas, y chocan frontalmente con el sentido común (algunas de ellas adoptadas por hombres de notoria capacidad intelectual), el autor considera que es el momento de rastrear las raíces subjetivas extrarracionales que pueden originar tales errores. Es el objeto de la tercera parte.

Toma como punto de arranque la siguiente consideración: "si el entendimiento está por naturaleza ordenado y abierto a la verdad, sus errores fundamentales no pueden ser debidos sólo a la limitación del entendimiento, y es preciso averiguar qué elementos distorsionantes se hallan en el sujeto humano, capaces de cegar la mente y mover al hombre a abrazar errores de tanto calibre. Esto es importante pues un error no se elimina del todo hasta tanto no se comprendan las causas que lo han ocasionado" (p. 115).

Para lograrlo estudia primero las relaciones entre entendimiento y voluntad, que son dos potencias que se implican mutuamente. "El intelecto se entiende a sí mismo, entiende a la voluntad, a la esencia del alma y a todas las demás potencias; y de modo semejante la voluntad quiere querer y que el intelecto entienda y quiere la esencia del alma y lo mismo de las demás cosas"

(p. 116). El conocimiento pertenece exclusivamente a la inteligencia, pero en el ejercicio de la operación concurre la voluntad *consintiendo* o *imperando*.

Cabe preguntarse cómo estando la voluntad ordenada esencialmente al bien, y siendo la verdad un bien, puede rechazar u odiar alguna verdad. Lo que ocurre es que lo verdadero, en general, universalmente considerado, es siempre un bien; pero en particular —esta o aquella verdad—, puede presentarse como algo contrario o repugnante. Como sucedió a aquél del que dice el Salmo: *No quiso entender para no obrar bien*¹. “Así el hombre odia a veces una verdad porque quiere que no sea verdadero lo que es”²; y cabe perfectamente un olvido voluntario, la no-consideración o des-consideración voluntaria de verdades conocidas. De donde ya atisbamos el primer requisito del conocimiento verdadero: amar la verdad es la primera condición para conocerla en profundidad.

La voluntad no es competente para decidir sobre la verdad de las cosas, pero ha de intervenir y puede interferir en las operaciones de la mente que caen bajo su imperio: impidiendo el ejercicio de la facultad intelectual o aplicándole a otro objeto que estime más conveniente para el sujeto. La negación de la verdad no suele comenzar con las evidencias inmediatas, ni es posible negar de entrada los primeros principios del entendimiento especulativo, y el primer juicio del entendimiento práctico: hay que hacer el bien y evitar el mal. “A los primeros principios el entendimiento asiente por necesidad”³. A esa negación se llega al querer una demostración de esos principios, que se rechazan al no encontrarla.

El ejercicio de la facultad intelectual, la ciencia —ya sea empírica, filosófica o teológica— cae bajo la responsabilidad moral del hombre, pues está en manos de su libertad. “Un no a la verdad es como cerrar una ventana a la luz del alma —la verdad es luz—; es una luz que se apaga y que impide ver otras verdades. Y poco a poco uno va amando la oscuridad en lugar de la luz, y se desconecta enteramente de la realidad (...) y, por fuerza, ha de crearse un mundo de ilusión y de ensueño que siempre tendrá un amargo y quizá trágico, eternamente trágico despertar. Son los que, como enseña el Apóstol, caminan en la vanidad de sus pensamientos; los que tienen el entendimiento oscurecido por las tinieblas”⁴ (p. 125).

Seguidamente analiza las causas de esta acción cegadora; y en primer lugar, la soberbia. Dice Santo Tomás que todo error tiene por causa la soberbia⁵. Quizá a primera vista pueda parecernos una afirmación con demasiadas pretensiones, pero analizándola por partes, como hace el autor, se ve que el soberbio tiende a rechazar todo aquello que no es capaz de dominar; no quiere ser enseñado por Dios y se cierra a la Revelación divina; ni tampoco quiere ser enseñado por los demás hombres; y, deleitándose en la propia excelencia acaba por sentir fastidio de la excelencia de la verdad.

“Es lamentable ver a menudo hombres competentes en determinadas materias —galardonados quizá con el premio Nobel—, que se lanzan a pontificar sobre temas que desconocen por completo, con ausencia absoluta de rigor, con sorprendente frivolidad; ¡y no se puede atribuir a defecto de inteligencia! sino a

¹ Ps. 35, 4.

² S. Th., I-II, q. 29, a.5.

³ S. Th., I, q. 82, a. 1; cfr. C. G., III, c. 46.

⁴ Cfr. Eph. 4, 17.

⁵ In Ioan. Ev., c. 4, lect. 2.

pura vanidad, afán de brillar, o de cohonestar una conducta insostenible por el buen sentido" (p. 133).

"Cierto que aún los más soberbios —no es preciso aclarar que todos sufrimos en cierta medida de este mal— pueden alcanzar verdades; es más, ningún hombre está absolutamente fuera de la verdad. Incluso una buena dosis de soberbia es compatible con la fe sobrenatural: 'los soberbios, dice San Gregorio, perciben con su entendimiento algunos misterios, pero sin poder experimentar su dulcedumbre; y si llegan a conocer cómo son, ignoran cuál es su sabor'. En otros términos, la soberbia, si no siempre impide conocer la verdad, sí impide saborearla, gozarse en ella con la plenitud del hombre humilde, que es —al decir de Santa Teresa— el que anda en verdad" (p. 136).

Junto con la acción cegadora de la soberbia, no pocas veces es el embotamiento de los sentidos lo que hace al hombre incapaz de entender. Es el "hombre animal" del que habla San Pablo, abocado a los sentidos y que no puede entender lo que está por encima de ellos, aficionado a las cosas carnales no entiende que sea bueno nada más que lo deleitable para la carne, porque las cosas espirituales han de ser examinadas con el espíritu.

Es cierto, no obstante, que quienes están dominados por los vicios carnales pueden tratar algunas veces de lo inteligible con acierto, por la bondad de su ingenio natural o de algún hábito sobreañadido; pero forzosamente su intención se verá retraída de aquella sutil contemplación de lo inteligible. Santo Tomás pone el ejemplo del hombre que tiene estragado el gusto, y por ello no es capaz de enjuiciar rectamente los sabores; de modo semejante, el hombre que tiene corrompido el afecto, como conformado a las cosas mundanas, carece del recto juicio sobre el bien⁶. "Su ceguera puede llegar a la aceptación de teorías tales como el freudismo, negadoras de la espiritualidad del alma humana, que reducen al hombre a un manojo de instintos en los que forzosamente ha de naufragar la libertad; niegan la evidencia de la libertad humana y sólo saben hablar de 'liberaciones' contrarias a las más elementales normas de moralidad" (p. 141).

Por el contrario, las virtudes opuestas, como la continencia y la castidad, disponen óptimamente para la perfección de la operación intelectual. Hay un texto luminoso de Santo Tomás de Aquino, que vale la pena transcribir: "a quien le falta rectitud interior, le falta también rectitud en el juicio: el que vigila, juzga rectamente de su propia vigilia y de que otros duermen; el que duerme, por el contrario, no tiene juicio recto ni de sí ni del que vigila. De donde las cosas no son como le parecen, sino como las ve el que está despierto. Y lo mismo se aplica al sano y al enfermo respecto al juicio de los sabores; y al débil y al fuerte para juzgar las cargas, y al virtuoso y al vicioso para determinar lo que conviene hacer. Por eso el hombre virtuoso es regla y medida de todas las cosas humanas, porque son tales en concreto como él las juzga. En este sentido dice el Apóstol que el hombre espiritual juzga todas las cosas, porque quien tiene la inteligencia ilustrada y el afecto ordenado por el Espíritu Santo, tiene un juicio certero de lo que se refiere a la salvación. Contrariamente, el que no es espiritual tiene la inteligencia oscurecida y el afecto desordenado respecto a los bienes espirituales: y por tanto, el hombre carnal no puede juzgar al espiritual, como el que está despierto no puede ser juzgado por el que duerme"⁷.

⁶ *In Ep. ad Rom.*, c. 12, lect. 1.

⁷ *In Ep. ad Cor. I*, c. 2, lect. 3.

Condiciones para el recto saber

Concluye el libro con este apartado. En pocas páginas el autor nos habla de humildad intelectual, respeto a la tradición, selección de las lecturas, firmeza en las certezas adquiridas y veracidad, para acabar exhortando a difundir la verdad. Aquí se concreta la forma de llevar a la práctica lo que ha ido exponiendo en las páginas anteriores. "Lo que se ha pretendido esclarecer en ellas es que en la búsqueda y descubrimiento de la verdad, interviene necesaria y decisivamente la libre voluntad: no decidiendo lo que es verdad, sino conduciendo o impidiendo el conocimiento. Por ello encabeza este breve trabajo, aproximativo al tema, el título "La libertad en el pensamiento", que es una cosa muy diversa de una supuesta libertad de pensamiento (...), porque el pensamiento no es libre, por lo mismo que no es cuadrado o verde; la categoría del pensamiento no es la libertad, sino la verdad. Sólo el hombre es libre, porque lo es su voluntad" (p. 146).

No duda en afirmar el autor, que la primera condición para el progreso en el conocimiento de las verdades fundamentales es la humildad; no querer descubrir lo que se quiere, sino lo que hay; reconocer la capacidad de error y rectificar siempre que lo exijan las cosas.

La humildad dispone al estudioso a aceptar toda verdad que otros hallaron, ya en los tiempos antiguos o modernos. Es lo que llama respeto a la tradición. "El hombre no nace sabio: debe adquirir la sabiduría con esfuerzo y con empeño, a partir del encuentro con la realidad y el discurso de su razón. Y siendo tan corta la vida del individuo, los conocimientos que cada uno es capaz de conseguir en el tiempo que dura su existencia terrena son muy limitados; de ahí que debe acudir a la experiencia de otros más sabios o experimentados en determinado campo. Sin eso sería imposible la ciencia" (p. 151). Hacer tabla rasa del pasado es cosa más bien de pedantes y de necios que de mentes esclarecidas; la originalidad de la que a menudo presumen aquéllos no es más que la repetición de errores antiguos, en los que seguramente no incurrirían si hubieran dedicado algún tiempo al estudio del pasado. Cuántos errores de nuestro tiempo se hubieran evitado con el estudio, por ejemplo, de Santo Tomás; en la páginas de este libro hemos encontrado textos del Aquinate que resuelven con profundidad cuestiones aún debatidas por falta de esa atención que al pasado debemos.

Finalmente, el autor subraya en el último apartado que la difusión de la verdad poseída es importante para mantenerse en ella y aún para crecer en la sabiduría. La verdad es un bien, el mayor bien del hombre, porque lo es de su entendimiento. Y es clásico decir que el bien es difusivo, de modo que la difusión del bien es manifestación de que se posee y se ama.

"Cuando se conocen ciertas verdades, hay que decirlas. Todo aquél que tenga una chispa de luz —la verdad es luz orientadora— ha de comunicarla a los demás; ha de intentarlo al menos. Sobre todo, cuando el mundo parece sumido en las tinieblas del inmanentismo en sus diversas modalidades. No es posible quedarse indiferentes. Quien no dijera la verdad —aunque parezca a veces como un canto desentonado en medio de una fabulosa orquestación de mentiras— corre el riesgo de que su espíritu quede sofocado, vencido y finalmente arrastrado" (p. 156).

El hombre, aun el que huye de la verdad, ha sido creado para la Verdad y por ello la necesita más que ninguna otra cosa. Es preciso invitarle a des-

cubrirla, y si el objeto se consigue se habrá salvado a un hombre para la eternidad. Y ese hombre podrá salvar a muchos otros. "Este es el único camino para que los hombres vivan como seres humanos: inteligentes, con pasiones, pero cada día más señores de sí mismos y, en consecuencia, del mundo; libres con la libertad que sólo la verdad puede dar: *la verdad os hará libres*"⁸ (p. 157).

JAVIER RODRÍGUEZ

⁸ *Ioan.*, 8, 32.